

La alternativa asiática del autoritarismo blando

Francis Fukuyama

Traducción de Aurelio Major

Al medida que investigamos el horizonte de las ideas después del colapso del comunismo, resulta claro que la democracia liberal de Occidente cuenta con un competidor potencial cuya fuerza y legitimidad crece día con día. Esta alternativa no es el Islam fundamentalista sino más bien el "autoritarismo blando" que, se dice, existe en Japón, Singapur y otros estados con economía vibrante de la región.

Mientras que Japón y Corea del Sur podrán compartir formalmente el sistema de Occidente de democracia constitucional, sus sociedades están, se afirma, ordenadas de acuerdo con una jerarquía grupal no igualitaria que subraya la conformidad de los intereses del grupo sobre los derechos individuales. Se dice que en Asia el capitalismo se ha vuelto mucho más universal que la democracia y esos países han descubierto una forma de reconciliar la economía de mercado con una especie de autoritarismo que más que reprimir persuade. Esta alternativa, en opinión de sus defensores, como el ex primer ministro de Singapur Li Kuan Yu, le es más natural a las sociedades asiáticas que la democracia liberal de Occidente, ya que descansa sobre las tradiciones confucianistas que comparten.

Es claro que el éxito económico del Asia de la posguerra es el principal elemento legitimador del "autoritarismo blando" asiático; a diferencia del Islam fundamentalista o del comunismo, esta opción puede ser el cimiento de una sociedad de veras moderna basada en la tecnología al promover una fuerza de trabajo altamente educada y disciplinada. Pero las ventajas de esa sociedad descansan tanto en el terreno de la economía como en el de la moral. Ya que si hay algún sentimiento de malestar social que se comparta ampliamente en los Estados Unidos y en otras sociedades actuales de Occidente tiene que ver con la pérdida de la *comunidad* —desde el colapso de la familia y la falta del mínimo sentimiento significativo de pertenencia a un lugar, hasta la fragmentación del objetivo nacional—. Los trabajadores norteamericanos no están obligados a cantar el himno de su compañía por las mañanas, pero sienten que han perdido su objetivo común en los vecindarios impersonales divididos por la violencia y el crimen. Con su énfasis en la identidad de grupo, las sociedades asiáticas ya han alcanzado en cierto sentido el ideal comunitario elogiado por Mario Cuomo y un sinnúmero de políticos norteamericanos.

No obstante, antes de dejarnos llevar por las visiones de un siglo Pacífico basado en el ideal del "autoritarismo blando", debemos detenernos a considerar algunos de sus problemas. En primer lugar, es una simplificación formidable hablar de un sola "alternativa asiática" o de una herencia confuciana uniforme que afecte a todos los estados de la región.

Mientras que la sociedad japonesa es mucho más conformista que la norteamericana, es más individualista que hace

cuarenta y cinco años, o que el Singapur de hoy. Cuando maduran económicamente, los países tienden a producir una clase media cada vez mejor educada que se conecta con el mercado mundial de las ideas. No es casual que las tres sociedades asiáticas más desarrolladas —Japón, Taiwan y Corea del Sur— sean también las más occidentalizadas en términos de sus instituciones políticas. Los ciudadanos de clase media de las sociedades prósperas comienzan a exigir nuevas metas distintas, además del crecimiento económico, como la participación política y el reconocimiento de su condición.

Li Kuan Yu puede pensar que los coreanos son una gran familia feliz, respetuosa de su liderazgo sabio y benevolente; pero, por así decirlo, han bajado del monte a tamborazos. ¿Seguirán siendo obedientes como niños en una generación o dos, cuando la prosperidad se dé más por sentada y casi todos tengan una educación universitaria? El segundo problema con esta alternativa orientada hacia el grupo es que se basa, en última instancia, en distinciones irracionales entre las comunidades humanas, lo que conduce al conflicto entre ellas. Todas las comunidades fuertes deben fundarse en alguna forma de exclusividad —en efecto, cuanto más fuerte sea la comunidad, más pronunciada será su exclusividad—. En última instancia, el resultado es la intolerancia hacia los forasteros en la política local y el nacionalismo —con frecuencia agresivo— en las relaciones internacionales. La bien conocida intolerancia japonesa a las cosas no japonesas puede convertirse algún día en una seria desventaja política y económica. Ya que, como toda economía avanzada, Japón no puede exportar mano de obra barata, enfrentará una escasez laboral crítica en la siguiente generación. Pero a diferencia de los Estados Unidos, Japón está poco preparado para absorber el flujo de extranjeros, sean filipinos o paquistaníes pobres o norteamericanos bien avenidos.

Europa y Norteamérica avanzan con rapidez hacia la integración de sus mercados laborales, lo que conducirá finalmente a mejoras sustanciales en su competitividad económica. Una integración semejante entre las diversas culturas de Asia es prácticamente impensable, debido a que sus sistemas sociales se orientan hacia el grupo.

Además, el hecho de que numerosas sociedades asiáticas compartan la herencia confuciana no significa que crean compartir el mismo destino. El individualismo occidental surge directamente de la premisa de Occidente de la igualdad universal del hombre: según la teoría política liberal, no hay grupos humanos significativos fuera del grupo de todos los hombres y por lo tanto no hay más distinción que la individual. Para las sociedades edificadas sobre principios comunitarios, el mayor grupo significativo es la nación, que en última instancia no puede compartir propósitos con otras naciones. Por lo tanto, mientras que Asia en su conjunto puede

vencer en la competencia económica ¿quién salvará al final a los asiáticos de sí mismos y del nacionalismo implícito en su estructura social?

La última cuestión que surge de la alternativa asiática es si a la larga los individuos son en realidad felices sacrificando su individualidad a las comunidades más amplias. Es claro que todas las sociedades humanas deben descubrir el equilibrio entre los intereses del grupo y los del individuo. Los críticos asiáticos de la sociedad contemporánea norteamericana tienen sin duda razón cuando critican la primacía absoluta de los derechos individuales sobre las obligaciones colectivas, que se refleja en sus litigios continuos, en la tasa de divorcios, en la falta de habilidad de las comunidades locales para protegerse del crimen y para cuidar a los desamparados y en la continua relación antagónica entre la gerencia y los obreros, el gobierno y el sector privado, etc.

Pero si la libertad norteamericana se lleva al extremo, la conformidad que existe en Japón y otras sociedades asiáticas puede ser idiotizante y al cabo destructora de los valores que hacen que valga la pena la vida humana.

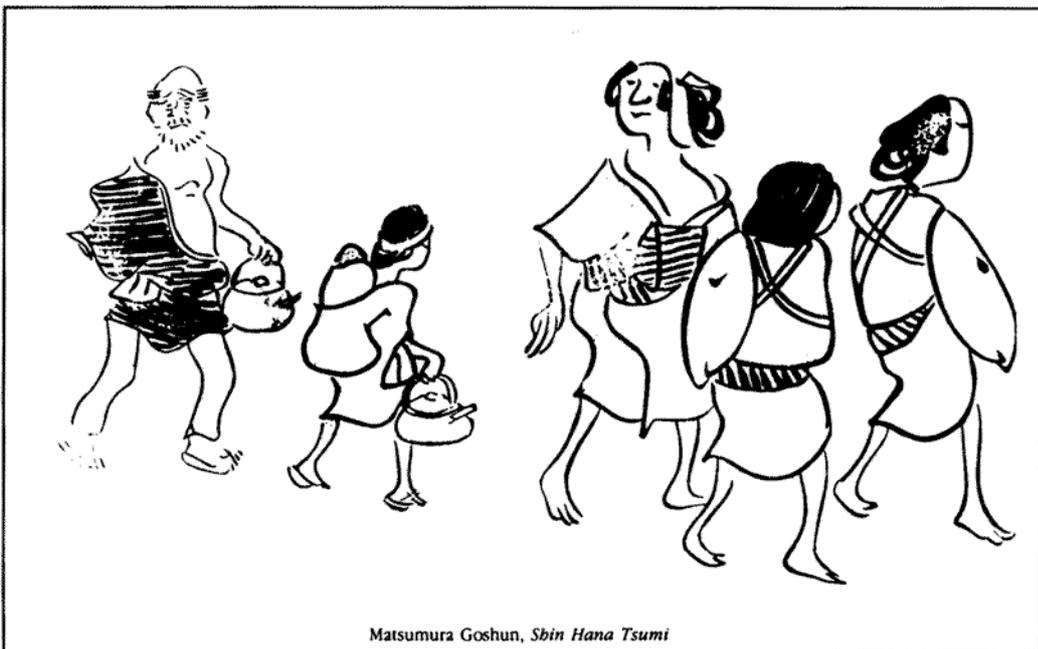
Los japoneses de hoy viven en una sociedad en algunos aspectos tan regimentada, conformista e inflexible como cualquiera del antiguo bloque comunista, impuesta no por la política sino por las convenciones sociales. Trabajan una enorme cantidad de horas para obtener uno de los niveles de vida más bajos del mundo desarrollado; tienen pocas opciones entre lo que pueden comprar o dónde pueden residir y pocos recursos legales cuando son agraviados.

Las sociedades asiáticas sujetan a sus ciudadanos a lo que Alexis de Tocqueville llamaba "la tiranía de la mayoría", cuya consecuencia final es impedir que las personas se vuelvan

adultos capaces de dominarse a sí mismos. Tal vez la seguridad social que esa sociedad ofrece a sus miembros sea realmente lo que quieren los seres humanos; pero si hay de veras unas características universales de la naturaleza humana, podría pensarse que los asiáticos acabarían por rebelarse contra una vida de horizontes tan limitados. Esto es aún más cierto en el caso de la represión abierta: los apologistas del actual régimen de Pekín recurren a la idea autoritaria confuciana para justificar sus actos, como si los chinos odiaran menos la brutalidad de un estado policiaco que los polacos, argentinos o coreanos.

Asia, por lo tanto, parece estar en un momento importante de cambio y es posible imaginar para la región dos futuros políticos diferentes. Asia podría continuar por la vía que ha seguido durante el último siglo, democratizándose poco a poco según modelos familiares a Occidente mientras desarrolla su economía. O podría presentarse una interrupción aguda del desarrollo político asiático: los pobladores de la siguiente generación tendrían una hostilidad cada vez más manifiesta en su rechazo a la democracia liberal de Occidente. Lo que suceda en Japón trazará el derrotero para el resto de Asia, y ya pueden escucharse las voces en ese país que afirman que es más significativo lo que la cultura japonesa le ha brindado a la modernidad que todo lo que ha adoptado de Occidente.

La alternativa asiática no parece ser exportable fuera de las regiones de cultura confuciana y por lo tanto no implica la misma amenaza mesiánica que el comunismo. Es, no obstante, un desarrollo de gran importancia para la humanidad en su conjunto, ya que el suceso podría sentar las bases para un conflicto político futuro, tanto entre los estados asiáticos y Occidente como dentro de la misma Asia. □



Matsumura Goshun, *Sbin Hana Tsumi*